

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR. (B 2018)

I. Felipe Fernández Caballero

MENSAJE CENTRAL

Jesús, el mensajero de la Buena Noticia de la salvación, participó de nuestra carne y sangre; y mediante la oblación de su cuerpo, prefigurada al ser presentado en el templo, todos quedamos santificados.

LECTURAS

1. "Entrará en el santuario el Señor... el mensajero de la alianza"

Mal 3, 1-4

Moisés es el profeta por excelencia del pueblo de Dios: habla con Dios cara a cara, realiza signos y milagros en nombre de Dios. Dirige su mirada hacia el futuro y anuncia la promesa de un profeta que ha de venir:

- elegido "de entre sus hermanos", es decir, llamado directamente por Dios en medio de su pueblo;
- será intermediario ante Dios; Dios pondrá sus palabras en su boca y él dirá todo y sólo lo que Dios le ordene;
- a los ojos de Dios, el profeta es su otro yo; por ello habrá que escucharle, y no hacerlo es negarse a escuchar a Dios mismo, que pedirá cuenta de ello.

El profeta anunciado por Moisés es el mensajero de la alianza anunciado más tarde por Malaquías, al que se atribuye una doble función:

- realizar en favor de Israel un juicio purificador;
- inaugurar un tiempo nuevo en que el pueblo pueda presentar en el templo ofrendas que agraden a Dios.

Los discípulos de Juan Bautista preguntarán a Jesús si era Él el profeta esperado (Jo. 1, 21); el mismo Cristo se comporta como ese profeta que habla de parte de Dios: "Yo os digo..." Y Juan evangelista se refiere a Jesús con estas palabras: "'El que Dios envió habla las palabras de Dios" (3, 21).

'Jesús, de hecho, no es un profeta que habla en nombre de Dios, sino que es Dios mismo que habla y salva: 'Es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo' (TMA 6) "

Jesús es el mediador único y constitutivo de Dios para la humanidad entera. Es Jesús quien tiene en sí mismo, en su persona y en sus hechos, las razones de la ultimidad absoluta de la salvación. Él no es uno de tantos mediadores salvíficos, sino el único y definitivo, la fuente de cualquiera otra mediación participada

2. "Tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser compasivo y pontífice fiel"

Hb 2, 14-18

Jesús es presentado en la carta a los Hebreos como el mediador único y definitivo anunciado por Moisés y por Malaquías,

- porque participa plenamente de la debilidad de la condición humana
- porque ha sufrido, y ha sido tentado y probado como sus hermanos, y ello le capacita para auxiliar a los que sufren y son tentados;
- porque, al asumir la muerte, ha aniquilado al que tenía el poder sobre la muerte, al expiar los pecados del mundo, y ha eliminado el miedo a la muerte
- porque ha sido constituido pontífice fiel que nos acerca a Dios.

Evangelio: "Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor"

Lc 2, 22-40

La escena que aquí se narra, la presentación en el templo, ocupa un lugar en el evangelio de Lucas después de la circuncisión de Jesús (Lc 2, 21). Al margen de la familia del niño, presenta a dos personajes que son ambos *profetas*. Se dice esto claramente de Ana, hija de Fanuel, en el v. 36. De Simeón, se nos dice por medio de ciertas palabras que caracterizan a los profetas bíblicos: «*El Espíritu Santo estaba en él*» (v. 25). La presentación en el templo se centra entonces en la intervención de dos profetas que dirán, cada uno a su manera, quién es Jesús.

Los parientes de Jesús vienen al templo con el niño «cuando llegó el tiempo fijado por la ley de Moisés para la purificación» (v. 22). Esta indicación da a entender que su gesto tiene que comprenderse a partir del Antiguo Testamento. Por otra parte, se dan dos citas para guiar al lector:

- «*Todo primogénito varón será consagrado al Señor*» (v. 23).

Este versículo inspirado del libro del Exodo (13, 1-2) se refiere a la costumbre israelita de rescatar a los primogénitos, relacionada por el Antiguo Testamento con la salida de Egipto. Tienen que ofrecer en sacrificio las primeras crías de sus ganados y rescatar a sus hijos primogénitos mediante la ofrenda de un animal (Ex 13, 1-16).

- «*Una pareja de tórtolas o dos pichones*» (v. 24).

Se trata de la ofrenda prescrita por el Antiguo Testamento para las familias pobres, cuando tiene lugar la purificación de la madre, que en el caso de un varón se realiza normalmente cuarenta días después de su nacimiento (Lv 12, 1-8). De hecho, además de los ritos de purificación y de rescate de los primogénitos, el niño es llevado por sus padres al santuario de Siló para ser consagrado allí al Señor (1 Sm 1, 24-28).

Hay que dejarse seducir por la actitud de los personajes. Simeón y Ana acogen a Jesús como la culminación largamente anhelada de la esperanza de Israel, mientras que José y María son actores pasivos de un acontecimiento cuyo alcance no acaban de comprender.

Pero hay que detenerse, además, en varios de los elementos del relato para descubrir su dimensión simbólica:

- *El templo de Jerusalén*. Jesús entra en él por primera vez, llevado por sus padres. Volverá unos treinta años más tarde para vivir allí con los judíos las controversias que motivaron su muerte (Lc 19, 45-21, 38). Para él, el templo será el lugar del último enfrentamiento, de la opción a favor o en contra de Jesús, de la caída de unos y la elevación de otros. Las palabras que allí pronuncia Simeón sobre Jesús «signo de división» (v. 24) se bañan ya en la atmósfera de la pasión.

- *El salmo profético de Simeón* (v. 29-32). Es el tercero de este género en el evangelio de Lucas, después del *Magnificat* (Lc 1, 46-55) y del salmo de Zacarías (Lc 1, 67-79). Como este último, también el tercero recurre a las expresiones del Segundo Isaías (Is 40-55), cuyo libro también se designa con el nombre de «libro de la *consolación de Israel*» por las palabras con que empieza (Is 40, 1).

Algunas de las palabras importantes pronunciadas por Simeón se encuentran igualmente en labios de Zacarías la paz, la salvación, Israel. Pero en el salmo de Simeón se llama a Jesús «salvación de Dios»; se le designa también como «luz» y como «gloria», lo cual no se dice de Juan bautista; él ilumina a «las naciones paganas» y no sólo a Israel, mientras que la acción de Juan bautista no se sale de los límites judíos. Para Lucas, Juan bautista es un personaje del Antiguo Testamento cuya predicación tiene un alcance restringido. Jesús, por el contrario, hace saltar las fronteras del tiempo y del espacio; en él está la salvación, la luz y la gloria que caracterizan a la manifestación definitiva de Dios al mundo.

- *Un corazón traspasado*: «Y a ti una espada te atravesará el corazón» (v. 35): la célebre frase que Simeón dirige a la madre de Jesús ha sido interpretada a menudo como un anuncio de los sufrimientos de María en el momento de la pasión. Esta interpretación, posible si se amalgaman los cuatro evangelios, no se justifica sin embargo en la coherencia de la obra de Lucas; a diferencia de Juan, el tercer evangelio no menciona para nada la presencia de María en el relato de la pasión. La imagen de la espada que atraviesa parece referirse más bien al libro de Ezequiel: evoca un castigo de Israel pecador en el que la mano de Dios respeta a los justos, aunque sean sólo unos pocos (Ez 14, 17-18). Asociada por Lucas a la declaración de que Jesús será signo de división, le da a la persona de María con el corazón

HOMILÍA

A una comunidad cansada de esperar el “Día del Señor” anunciado por los profetas, Malaquías le anuncia dos venidas que se funden en el tiempo: la de un mensajero como él, encargado de preparar los caminos de Dios y la venida del Señor a su templo para encontrarse con su pueblo. Esa venida inaugura el tiempo de la purificación definitiva del templo, del sacerdocio, del pueblo y del culto, estableciendo un culto en espíritu y verdad.

La llegada de la salvación va a ser revelada con la entrada de Jesús en el Templo de Jerusalén. Se cumple en el templo lo que ya había dicho él al entrar en el mundo: el primogénito se ofrece a sí mismo en nombre de la humanidad entera: *"Al entrar en el mundo dijo: "Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo, pues de mí está escrito en el rollo del libro, a hacer, oh Dios, tu voluntad! En virtud de esa voluntad quedamos santificados, merced a la oblación de su cuerpo, hecha de una vez para siempre"*.

La profecía de Malaquías encuentra en Jesús su cumplimiento; de ello deja constancia la carta a los hebreos: *"Mediante una sola oblación ha llevado a su perfección definitiva a los santificados. También el Espíritu Santo nos lo atestigua. Porque, después de haber dicho: Esta es la alianza que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en su mente las grabaré, añade: Y de sus pecados e iniquidades no me acordaré ya. Ahora bien, donde hay perdón de estas cosas, ya no hay más oblación por el pecado"*.

La presentación de Jesús en el templo fue solo el comienzo de una entrega radical que habría de culminar con su muerte en la cruz. De ese momento inicial de su entrega para la salvación de los hombres fueron testigos Ana y Simeón, prototipos del pueblo descendiente de Abrahán fiel a al Señor, que aguardaba el cumplimiento de las promesas de Dios

Sus vidas, como la historia de Israel, se alargan para empalmar con la llegada del Mesías. *"Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra. Aguarda Israel al Señor como el centinela la aurora"*. Esperar era para Israel su pan de cada día, su maná en la larga travesía del desierto hacia el encuentro con la patria.

Simeón *"aguardaba el consuelo de Israel"*. El "Libro de la consolación de Israel" recoge el objeto esencial de esta esperanza: el Mensajero que anuncia la paz, que lleva la alegría, que anuncia la salvación. Israel debe prorrumpir en gritos de alegría *"porque Yahvé consuela a su pueblo", "y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios" (Is. 52, 7- 10)*.

En su "Nunc dimittis", Simeón canta el cumplimiento de esta profecía: *'Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel'*.

Sin embargo no está dicho todo. El Mesías trae la división, es causa de caída y de levantamiento, signo de contradicción. Jesús viene a realizar el juicio definitivo de Dios anunciado por Malaquías. De la actitud que se adopte ante él, de la acogida prestada a su palabra, va a depender la salvación o la condenación del hombre

Lo que Simeón ha recordado *"para muchos"* en Israel, vale también para María: *"Y a ti una espada te traspasará el alma"* ¿De qué espada se trata? *"La espada del Espíritu es la palabra de Dios" (Ef. 6, 17)*. *"Viva es la palabra de Dios, eficaz y más incisiva que una espada de doble filo ... puede juzgar los sentimientos y los pensamientos del corazón, por eso no hay criatura que permanezca invisible ante ella, sino que todo está desnudo y descubierto a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuentas" (Hch. 4, 12- 13)*.

En el sacrificio de Cristo en la cruz quedará clara la actitud del corazón de María y su fidelidad a la palabra de Dios; esa palabra que ella no siempre comprendía, pero que aceptaba y meditaba en su corazón.

La presencia de la salvación es un misterio de debilidad. Sólo quien acepte que Dios se manifiesta en la pobreza y en la debilidad, sabrá reconocer al Hijo de Dios, como Simeón, en el Niño que es presentado en el templo. Solo quien, como María, reconozca al Hijo de Dios en el niño que va creciendo en la ciudad de Nazaret, sabrá también reconocer en la cruz de Jesucristo el cumplimiento de la palabra salvadora de Dios.

Otra Homilía alternativa:

Cuando Malaquías escribió lo que ha sido hoy nuestra primera lectura, los judíos habían ya reconstruido la ciudad y el templo de Jerusalén, tras la cautividad de Babilonia, pero quedaba todavía por realizar algo más importante: su reconstrucción espiritual.

A aquella ciudad y aquel templo llegaron, con su hijo Jesús en brazos, María y José. Su entrada en el templo realizaba el misterioso designio de Dios anunciado por los profetas Ageo y Malaquías: *“Vendrá el Deseado de todas las gentes, y henchirá de gloria el templo. Será mayor la gloria de este nuevo templo que la del primero”*; *“De pronto entrará en el santuario el Señor, a quien vosotros buscáis, el mensajero de la Alianza que vosotros deseáis; miradlo entrar, dice el Señor de los ejércitos; como a plata y a oro refinará a los hijos de Leví y presentaran al Señor la ofrenda como es debido”*

Según la ley de Moisés, la mujer que hubiera dado a luz un varón, debía ofrecer al Señor un sacrificio de expiación. Era también un mandato del Señor que *“todo primogénito varón fuera consagrado al Señor”*, aunque podría ser rescatado mediante la ofrenda al templo de cinco siclos de plata.

El Evangelio de Lucas dice de María que hizo para su purificación la ofrenda de los pobres, *“un par de tórtolas o dos pichones”*. Pero de Jesús sólo refiere que fue llevado a Jerusalén *“para presentarlo al Señor”*.

De Ana, la madre de Samuel, se dice en la Escritura que al llevar al templo a su hijo lo consagró al servicio de Dios. María, al presentar en el templo a Jesús, no lo consagró al Señor: había sido ya consagrado, ungido por el Espíritu Santo en el momento mismo de su concepción virginal. La presentación en el templo fue, eso sí, el testimonio público y solemne, *“ante todos los pueblos”*, de lo que hasta entonces había permanecido oculto acerca de Él: que era el Santo de Dios, su Hijo primogénito.

Tampoco vinieron al templo los padres de Jesús para rescatarlo, sino para ofrecerlo enteramente a Dios. Había de ser él quien, con la oblación de sí mismo en la cruz, rescatara a los que estaban bajo la ley. *«Ofrece tu hijo, Virgen Sagrada, –dice San Bernardo– y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece por la reconciliación de todos nosotros la víctima Santa, agradable a Dios»*. Con la oblación de la Víctima divina quedaba inaugurado en este día el nuevo culto agradable a Dios anunciado por Malaquías: *“Entonces agradecerá al Señor la ofrenda de Judá y Jerusalén, como en los días pasados, como en los tiempos antiguos”*

La escena de las madres que iban al templo para la ofrenda y la purificación era habitual; y, sin embargo, cuando llegó la Virgen, la esperaba un anciano, Simeón que, en el ocaso de su vida, hablaba de la promesa de ver la luz de una nueva era y pronosticaba un futuro feliz para su pueblo y para todas las naciones. El Espíritu Santo le había revelado que *“no vería la muerte sin ver al Ungido del Señor”*, y cuál habría de ser su misión salvadora: ser *“luz para alumbrar a las naciones y gloria de su pueblo Israel”*. Pero en el horizonte de este anciano aparecen también negros nubarrones: prevé que Jesús *“será como una bandera discutida”*, que los hombres habrán de decidirse por él o contra él, y que María participará de su trágico destino: *“A ti, una espada de dolor te traspasará el alma”*.

También Ana, *“acercándose en aquel momento daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel”*. Ella, que servía fielmente al Señor, mereció ser testigo de la presentación de Jesús al Padre como liberador y redentor del hombre. Su testimonio alcanza a todo aquel que espera de Dios la salvación y sale con la lámpara encendida de la fe al encuentro de Cristo que viene.

A partir de los oráculos de Simeón y Ana, María comenzó a entender mejor el misterio de la pobreza y del llanto de Jesús, de su huida a Egipto y de su sangre derramada en la circuncisión; y de nuevo, a la oblación de su Hijo al Padre, ella hubo de unir como ofrenda propia, la obediencia de su fe: *“Hágase en mí según tu palabra”*. La que había entrado en el templo gozosa, ahora salía dolorosa. La misma palabra de Dios que había escuchado dócilmente y aceptado generosamente el día de la Anunciación, le llevaba a vislumbrar en lontananza la hora de la crucifixión..

La fiesta de hoy nos enseña que la vida de todo creyente es una oblación, un “sí” continuo a Dios, en cuyas manos están nuestros designios. La ofrenda de una vida sumisa a su voluntad es el nuevo y definitivo sacrificio preanunciado en la Presentación de Jesús y consumado en el acontecimiento salvador de la Cruz, el que vamos ahora a renovar en la celebración eucarística.